

Señor, mas no poniéndose en peligros, ni la fe en estos obra mucho, porque siempre siguen sus determinaciones. Una cosa he notado, que pocos vemos en el mundo (fuera de religion) fiar de Dios su mantenimiento: solas dos personas conozco, que sean tan confiadas. Que en la religion ya saben que no les ha de faltar; aunque quien entra de veras por solo Dios, creo no se le acordará desto: ¿mas cuántos habrá, hijas, que no dejen lo que tenían, si no fuera con la seguridad que hay en ello? Y porque en otras partes en que os he dado avisos, he hablado mucho en estas almas pusilánimes, y dicho el daño que les hace, y el gran bien que es tener grandes deseos, ya que no puedan ser grandes las obras, no digo mas destas; aunque nunca me cansaría. Pues las llega el Señor á tan grande estado, sirvanle con ello, y no se arrinconen, que aunque sean religiosos, si no pueden aprovechar á los prójimos (en especial mujeres) con determinaciones grandes y vivos deseos de las almas, terná fuerza su oracion, y aun por ventura querrá el Señor que en vida, ó en muerte aprovechen, como hace ahora el santo Fr. Diego, que era lego, y no hacia mas

que servir, y después de tantos años muerto, resucita el Señor su memoria, para que nos sea ejemplo. Alabemos á su Majestad.

26. Ansí que, hijas mias, si el Señor os ha traído á este estado, poco os falta para la amistad y paz que pide la Esposa: no dejéis de pedirla con lágrimas muy continuas y deseos: haced lo que pudiéredes de vuestra parte para que nos la dé; porque se sabe, que no es esta la paz y amistad que pide la Esposa: aunque hace harta merced el Señor á quien llega á este estado, porque será con haberlo ocupado en mucha oracion, penitencia, humildad y otras muchas virtudes. Sea siempre alabado el Señor, que todo lo da. Amen.

CAPÍTULO III.

De la verdadera paz, amor de Dios y union con Cristo, que nace de la oracion unitiva, y llama la Esposa beso de la boca de Dios.

Bésemelo con el beso de su boca.

1. Ó santa Esposa, vengamos á lo que vos pedís, que es aquella santa paz, que hace aventurar al alma á ponerse en guerra con todos los del mundo, quedándose ella con toda

seguridad y pacífica. ¡Ó qué dicha tan grande será alcanzar esta merced! Pues es juntarse el alma con la voluntad de Dios, de manera que no hay division entre él y ella; sino que sea una mesma voluntad, no por palabra, no por solos deseos, sino puestos por obra; de manera que entendiendo que sirve mas á su Esposo en alguna cosa, halla tanto amor y deseo de contentarle, que no escuche las razones que le dará el entendimiento de la contraria, ni escuche los temores que le pondrá, sino que deje obrar á la fe, de manera que no mire provecho, ni descanso, si no acabe ya de entender que en esto está todo su provecho.

2. Pareceros ha, hijas, que esto no va bien, pues es tan loable cosa hacer las cosas con discreción: habéis de mirar un punto, que es menester que el Señor (á lo que vos podeis entender, que de cierto no se puede saber) ha oido vuestra petición; *de besaros con beso de su boca*. Que si esto conocéis por los efectos, no hay que detenernos en nada, sino olvidaros de vos, por contentar á tan dulce Esposo.

3. Su Majestad se da á sentir á los que

gozan desta merced con muchas muestras. Una es, despreciar todas las cosas de la tierra, y estimarlas en tan poco como ellas son; y no querer bien suyo, porque ya tiene entendido su vanidad: no se alegrar sino con los que aman á su Señor: cansarle la vida: tener á las riquezas en la estima que ellas merecen, y cosas semejantes: esto es lo que les enseña el que las puso en semejante estado. Llegada aquí el alma, no tiene que temer, si no es no haber de merecer que Dios se quiera servir della en dárla trabajos y ocasiones para que pueda servirle, aunque sea muy á su costa. Así que aquí, como he dicho, obra el amor y la fe, y no se quiere aprovechar el alma de lo que la enseña el entendimiento. Porque esta union que entre el Esposo y la Esposa hay, la ha enseñado otras cosas, que el entendimiento no alcanza traerle debajo de los piés.

4. Pongámos una comparacion para que lo entendamos. Está uno cautivo en tierra de moros, este tiene un padre pobre ó un gran amigo, y si este no le rescata, no tiene remedio; y para haberle de rescatar, no basta lo que tiene, sino que ha de ir él á servir por

el cautivo. El grande amor que le tiene, pide que quiera mas la libertad de su amigo que la suya; mas luego viene la discrecion con muchas razones, y dice, que mas obligado está á sí, y que podrá ser que tenga él menos fortaleza que el otro, y que le hagan dejar la fe, y que no es bien ponerse en este peligro, y otras muchas cosas.

5. ¡Ó amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible á quien ama! Dichosa alma la que ha llegado á alcanzar esta paz de su Dios, que este Señor da sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguno teme para no servir á tan buen Esposo y Señor, ni va con razones como las que tiene este pariente ó amigo que hemos dicho.

6. Ya habeis leído, hijas, de un san Paulino obispo y confesor, y que no por hijo, ni por amigo, sino porque debia de haber llegado á esta ventura tan buena de que le hubiese Nuestro Señor dado esta paz, y por contentar á su Majestad, é imitarle en algo de lo mucho que hizo por nosotros, se fué á tierra de moros á trocar por un hijo de una viuda, que vino á él fatigada, y habeis leído que

bien le sucedió, y con la ganancia que vino.

7. Ahora en nuestros tiempos conocí yo una persona, y vosotras la visteis, que me vino á ver á mí, que la movia el Señor con tan gran caridad, que le costó hartas lágrimas el poderse ir á trocar por un cautivo. Él lo trató conmigo (era de los descalzos del P. Fr. Pedro de Alcántara), y después de muchas importunaciones, recaudó licencia de su general, y estando cuatro leguas de Argel, que iba á cumplir su buen deseo, le llevó Dios consigo. Y á buen seguro que llevó buen premio. Pues que de discretos habia, que le decian que era disbarate. Á los que no llegamos á amar tanto á Nuestro Señor así nos parece. ¿Y qué mayor disbarate, que acabárenos este sueño desta vida con tanto seso? Y plega á Dios que merezcamos entrar en el cielo, cuanto mas ser destos que tanto se adelantaron en amar á Dios.

8. Ya yo veo es menester grande ayuda suya para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la Esposa pidais esta paz tan regalada, porque así señoreais todos estos temorcillos del mundo, y con todo sosiego y quietud le dais batería.

¿No está claro, que á quien Dios hiciere merced tan grande de juntarse con su alma en tanta amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque cierto estas cosas no pueden ser nuestras, sino el pedir y el desear nos haga esta merced, y aun esto con su ayuda: que en lo demás, ¿qué ha de poder un gusano, pues que el pecado le tiene tan acobardado y miserable, que todas las virtudes imaginamos tasadamente con nuestro bajo natural? ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la Esposa: *Béseme el Señor*, etc.

9. ¿Si una labradorcilla se casase con el rey, y tuviese hijos, aquellos hijos no quedan de sangre real? ¿Pues si á un alma hace Nuestro Señor tanta merced, que tan sin division se junta con ella, ¿qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heroicas podrán nacer de allí, si no quedare por su culpa?

10. ¿Por cierto que pienso, que si nos llegásemos al santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricas, quanto mas de tantas? Sino que no parece sino cumplimiento el llegarnos á él, y así nos hace tan poco fruto. ¡Ó miserable mundo, que así tienes atapados los ojos de

los que viven en tí, para que no vean los tesoros con que podrian granjear riquezas perpetuas! ¡Ó Señor del cielo y de la tierra! ¿Qué es posible que aun estando en esta vida mortal, se puede gozar de Vos con particular amistad? ¿Y que tan á las claras lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que aun no lo queramos entender, que son los regalos con que trata su Majestad con las almas en estos Cánticos? ¿qué requiebros, qué suavidades? Que habia de bastar una palabra destas á deshacernos en Vos. Seais bendito, Señor, que por vuestra parte no perderémos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras y modos nos mostrais el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada dia injurias, y perdonando: y no solo con esto sino con unas palabras heridoras para el alma que os ama, que le dais en estos Cánticos, y le enseñais que os diga, que no sé cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudais, para que los sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme á nuestra flaqueza. Pues, Señor mio, no os pido otra cosa en esta vida, sino que me *beseis con el beso de vuestra boca*, y que sea de manera,

que aunque yo me quiera apartar desta amistad y union no pueda. Esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida. Pueda yo decir, Dios mio y gloria mia, que *son mejores vuestros pechos, y mas sabrosos que el vino.*

CAPÍTULO IV.

Del amor de Dios dulce, suave y deleitoso, que nace del morar Dios en el alma en la oracion de quietud, significada en esta palabra: *Pechos de Dios.*

Mas valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muy buenos olores.

1. Ó hijas mias, ¡qué secretos tan grandes hay en estas palabras! Dénoslo Nuestro Señor á sentir, que harto mal se puede decir. Cuando su Majestad quiere por su misericordia cumplir esta peticion á la Esposa, es una amistad que comienza á tratar con el alma, que solas las que lo experimentais, lo entenderéis. Como digo, mucho della tengo escrito en dos libros (que si el Señor es servido, veréis después que me muera) y muy menuda y largamente, porque creo que los ha-

bréis menester, y así aquí no haré mas que tocarlo; no sé si acertaré por las mesmas palabras que allí quiso el Señor declararallo.

2. Júntase una suavidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien á sentir está Nuestro Señor bien vecino della.

3. No es esta una devocion que hay, que mueve á muchas lágrimas. Porque estas, aunque causan ternura, quando se llora, ó por la Pasion del Señor, ó por nuestro pecado, no es tan grande como esta oracion de que hablo, que llamo yo de quietud; por el sosiego que hace en todas las potencias, que parece la persona tiene á Dios muy á su voluntad. Verdad es: algunas veces se siente de otro modo, quando no está el alma tan engolfada; pero en esta suavidad parece que todo el hombre interior y exterior se conforta, como si le echasen en los tuétanos del alma una uncion suavísima, á manera de un gran olor: como si entrásemos en una parte de presto donde le hubiese grande, no de una cosa sola, sino de muchas, ni sabemos qué es, ni de dónde sale aquel olor, sino que nos penetra todas. Así parece que este amor suavísimo de Nuestro Dios se entra en el alma con tan gran sua-

vidad, que la contenta y satisface, y no puede entender qué sea.

4. Esto es lo que dice aquí la Esposa á mi propósito: *Mejores son tus pechos, que dan de sí olor, como los ungüentos muy buenos.*

5. Y no entiende cómo, ni por dónde entra aquel bien, que querría no perderle: querría no menearse, ni aun mirar, porque no se le fuese. Y porque á donde he dicho escribo lo que el alma ha de hacer aquí, para aprovecharnos, y esto no es para darnos á entender algo de lo que voy tratando, no quiero alargarme mas de decir que en esta amistad ya el Señor muestra al alma, que la quiere tener tan particular con ella, que no haya cosa partida entre entrambos. Y aquí se le comunican grandes verdades; porque es esta luz tal, que la deslumbra, para no poder ella entender lo que es, y la luz hace ver y entender la vanidad del mundo, aunque no ve bien el Maestro que la enseña; pero entiende claro que está con ella: mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes efectos y fortaleza en las virtudes, que no se conoce después, ni querría hacer, ni decir otra cosa, sino alabar al Señor; y está, cuando está en este gó-

zo tan embebida y absorta, que no parece que está en sí, sino con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué pide. En fin, no sabe de sí, mas no está tan fuera de sí, que no entienda algo de lo que pasa.

6. Verdad es, que cuando este Esposo riquísimo las quiere enriquecer y regalar mas, conviértelas tanto en sí, que como una persona que el gran placer y contento la desmaya, le parece al alma se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada á aquel divino costado y aquellos pechos divinos, y no sabe mas de gozar, sustentada con aquella leche divina con que la va criando su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada día mas.

7. Cuando despierta de aquel sueño y de aquella embriaguez celestial, queda como espantada y embobada, y con un santo desatino, que me parece á mí que puede decir estas palabras: *Mejores son tus pechos que el vino.* Porque cuando estaba en aquella borrachez, parecíale que no habia mas que subir; mas cuando se vió en mas alto grado, y toda empapada en aquella inmensa grandeza

de Dios, que se ve quedar mas sustentada, delicadamente lo comparó á los pechos, y así dice: *Mejores son tus pechos que el vino.* Porque así como un niño no entiende cómo crece, ni sabe cómo mama, que aun sin buscar él la teta, ni hacer nada, muchas veces le ponen el pezon dentro de la boca; así es aquí, que totalmente el alma no sabe de sí, ni se hace nada, ni sabe cómo, ni por dónde, ni lo puede entender, le vino aquel bien tan grande.

8. Sabed que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten todos los deleites y gustos del mundo. Vése criada y mejorada, sin saber cuándo lo mereció; enseñada á grandes verdades, sin ver el maestro que la enseñó; fortalecida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe y puede hacer: no sabe á qué lo comparar, sino al regalo de la madre, que ama mucho al hijo, y le cria y regala.

9. ¡Ó hijas mias! deos Nuestro Señor á entender ó por mejor decir, á gustar (que de otra manera no se puede entender) cual es el gozo del alma cuando está así. Allá se avengan los del mundo con sus riquezas y seño-

rios, y con sus deleites, y con sus honras y sus manjares, que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo (lo cual es imposible) no llegará en mil años al contento que en un momento tiene un alma á quien el Señor llega aquí. Si san Pablo dice, que no son dignos todos los trabajos del mundo para la gloria que esperamos: yo digo, que no son dignos, ni pueden merecer una hora desta satisfaccion que aquí da Dios al alma, y ningún gozo y deleite tiene comparacion con ellos, á mi parecer, ni se puede merecer un regalo tan regalado de Nuestro Señor, y una union tan unida, un amor que tanto da á entender y gustar las bajezas de las cosas del mundo. ¡Donosos son sus trabajos para compararlos con esto! que si no son pasados por Dios, no valen nada; y si lo son, su Majestad los da aun medidos con nuestras flaquezas, que de miserables y pusilánimes, los tememos tanto.

10. ¡Ó cristianos! ¡Ó hijas mias! Despertemos ya, por amor del Señor, deste sueño del mundo; y miremos que aun no nos guarda para la otra vida el premio de amarle, que en esta comienza la paga. ¡Ó Jesús mio! ¡Quién pudiese dar á entender la ganancia

que hay en arrojarnos en los brazos deste Nuestro Señor, y hacer un concierto con su Majestad, que *yo para mi amado, y mi amado para mí; y mire el por mis cosas, y yo por las suyas!* Y no nos queramos tanto, que nos saquemos los ojos, como dicen. Y torno á decir, Dios mio, y á suplicaros por la sangre de vuestro Hijo, que me hagais esta merced, que alcance que me *bese con el beso de su boca*, y dadme vuestros pechos, que sin Vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto á Vos, ¿qué valgo? Si me desvio un poquito de vuestra Majestad, ¿á dónde voy á parar? ¡Ó Señor mio, y misericordia mia, y bien mio! ¿y qué mejor le quiero en esta vida yo, que estar tan junto á Vos, que no haya division entre Vos y mí? Con esta compañía ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿qué no se puede emprender por Vos, teniéndos tan junto? ¿Qué hay que agradecerme, Señor, sino culparme muy mucho por-lo que no os sirvió? Y así os suplico con san Agustín, con toda determinación, que *me deis lo que mandáredes, y mandadme lo que quisieredes*, y no volveré las espaldas jamás con vuestro favor y ayuda.

CAPÍTULO V.

Del amor firme, seguro, y de asiento, que nace de verse el alma amparada de la sombra de la Divinidad, y de ordinario la suele Dios dar á los que han perseverado en su amor, y padecido trabajos por él, y del fruto grande que de este amor viene.

Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta.

1. Ahora preguntemos á la Esposa, y sepamos desta bendita alma, llegada á esta boca divina, y sustentada á estos pechos celestiales (para que sepamos si el Señor nos llega alguna vez á tan gran merced) ¿qué hemos de hacer? ¿Ó cómo hemos de estar? ¿Qué hemos de decir? Lo que nos dice es: *Asentéme á la sombra de aquel á quien deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta. Metíome el rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad. Dice: Asentéme á la sombra del que habia deseado.*

2. ¡Ó válame Dios, qué metida está esta alma, y abrasada en el mismo sol! Dice que se asentó á la sombra del que habia deseado. Aquí le llama sol, y le llama árbol ó manzano, y dice, que es su fruta dulce para su gar-

ganta. Ó almas que teneis oracion, gustad de todas estas palabras. ¿De qué manera podemos considerar á Nuestro Señor? ¿Qué diferencia de manjarés podemos hacer dél? Es maná que sabe conforme á lo que queremos que sepa. ¡Ó qué sombra esta tan celestial, y quién supiera decir lo que desto le da á entender el Señor! Acuérdome cuando el Ángel dijo á la Virgen sacratísima Nuestra Señora: *La virtud del Altísimo te hará sombra.* ¡Qué amparada se debe ver un alma, cuando el Señor la pone en esta grandeza! Con razon se puede asentar y asegurar.

3. Y ahora notad, que por la mayor parte, y casi siempre, si no es alguna persona á quien quiere Nuestro Señor hacer algun señalado llamamiento, como hizo á san Pablo, que le puso luego en la cumbre de la contemplacion, y se le apareció y habló de manera que quedó bien ensalzado, desde luego no da Dios estos regalos tan subidos, ni hace tan grandes mercedes, sino á personas que han mucho trabajado en su servicio, y deseado su amor, y procurado disponerse para que sean agradables á su Majestad en todas sus cosas, y cansadas en grandes años de las co-

sas del mundo, que estas tales se asientan en la verdad; no buscan en otra parte su consuelo, sosiego, ni descanso, sino á donde entienden que con verdad le pueden tener: pónense debajo del amparo del Señor, no quieren otro.

4. ¡Y qué bien hacen de fiarse de su Majestad, que así como lo han deseado, lo cumple! ¡Y qué venturosa es el alma que merece llegar á estar debajo de su sombra! Aun para cosas que se pueden acá ver, que para lo que el alma puede entender, es otra cosa, segun he entendido muchas veces. Parece que estando el alma en el deleite que queda dicho, se siente estar toda engolfada, y amparada con una sombra y manera de nube de la Divinidad, de donde vienen influencias y rocío tan deleitoso, que bien, y con razon, quita el cansancio que le han dado las cosas del mundo.

5. Entonces siente una manera de descanso, que aun la cansa el haber de resollar; y tiene las potencias tan sosegadas y quietas, que aun un pensamiento, aunque sea bueno, no le querría admitir la voluntad, ni le admite por via de inquirirle, ni procurarle. No

ha menester menear la mano, ni levantarse (digo la consideracion) para nada, porque cortado y guisado, y aun comido le da el Señor la fruta del manzano á que le compara su amada, y así dice: *que su fruto es dulce para su garganta.*

6. Porque aquí todo es gustar sin ningun trabajo de las potencias: y esta sombra de la Divinidad, que bien se dice sombra, porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de esta nube, hasta que el Sol resplandeciente envíe por medio del amor una noticia, de que está tan junto su Majestad, que no se puede decir, ni es posible. Sé yo, que quien hubiere pasado por ello entenderá cuán verdaderamente se puede dar aquí este sentido á estas palabras que dice la Esposa.

7. Paréceme á mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y es el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender el fuego soberano que tan cerca está. ¡Ó Señor, qué son aquí las misericordias que usais con el alma! Seáis bendito y alabado para siempre, que tan buen amador sois. ¡Ó Dios mio y Criador mio! ¿Es posible que haya alguién que no os ame

Porque no merece conoceros. Como baja sus ramas este divino Manzano, para que coja el alma las manzanas, considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo Nuestro Señor de su Pasion, regando este árbol con su sangre preciosa, con tan admirable amor.

CAPÍTULO VI.

Del amor fuerte de suspension y arrobamientos. En el cual pareciendo el alma que no hace nada (sin entender cómo ni de qué manera) la ordena Dios la caridad, dándole virtudes heróicas con aprovechamiento grande de su espíritu.

Metióme el Señor en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad.

1. Antes de ahora dice el alma que gozaba de mantenimiento de los pechos divinos, como principiante en recibir estas mercedes, y la sustentaba el Esposo: ahora va mas crecida, y valá mas habilitando para darla mas, mantiénela con manzanas, quiere que vaya entendiendo lo que está obligada á servir y padecer. Y aun no se contenta con solo esto (cosa maravillosa, y de mirar mucho) que